guiente, insistió y entró en componendas con Juárez, resultando á la postre con el nombramiento de Capitán de Guardia Nacional, del famoso batallón "PEOR ES NADA;" el cual, por falta de ocasión oportuna, no llegó á hacerse aún más famoso. ¿Y por qué nó?.....

¡Ah, no pasaría mucho tiempo, sin que una puñada de niños, al mando de un heroico capitán, probara una vez más al mundo, que, para morir gloriosamente por la patria, no se necesitan años, sino corazones enteros y generosos, templados por una voluntad firme y movidos por un amor entrañable á la tierra de sus mayores.....

Nadie pudo haber llegado al sitio en que los Senado-de Washington dan leyes á esta nación poderosa—cuyos dictámenes acatan ahora con sumisión cómica las cortes y gobiernos de Europa—sin que sus ojos tropezacen con un fresco á grandes dimensiones. Representa una colina coronada de ahuehuetes gigantescos. En la cumbre de ella se delínea un aplastado edificio; y, trepando por sus veredas y flancos, vénse soldados hercúleos, de semblante fiero y mirada implacable. Algunos disparan sus armas, otros buscan objeto donde hacer blanco.

Los americanos tienen allí ese cuadro como un timbre de gloria militar: recuerda un hecho de armas memorable: ¡el fusilamiento de los niños-héroes de Chapultepec por los aguerridos invasores del Norte, durante la más injusta de las guerras de que se avergüenza la historia del pasado Siglo!

CAPITULO II.

Caracter de Juarez.—Un Cerebro-Maquina.—Imperfecciones que Realzan.—Nobleza y Correccion.—Obra Trascendental.—Como se Asciende en Politica.—Trabajo y Orden.—El Contagio del Honor y la Honradez.—Buscar el Bien.—Rigidez Catoniana.—Fe en la Justicia.—Un Rasgo de Nobleza Antigua.—Cimon y Juarez.—Dadivas de los Grandes.—La Capa de Cimon y el Manto de Purpura de Juarez.

El fondo del carácter de Juárez era la reflexión. Y la reflexión era en él una operación lenta y difícil; pero no incoherente ni mucho menos desordenada. Como Foción el ateniense, ni reía con estrépito ni lloraba jamás; y, al parecer, sus dolores mismos, sus desencantos más crueles, hacíalos asunto de reflexión filosófica.—"Parece que reflexionas," le decía alguien al Ateniense, en cierta ocasión que se preparaba á perorar en el Agora.—"Tienes razón," le contestó el militar-estadista, "pienso en la manera de recortar algo á lo que tengo que decirle al pueblo." Tardo era Juárez, en verdad, para el arreglo de sus ideas; pero también debe decirse, que jamás se contentaba con arreglarlas: las estereotipaba en su cerebro. Solía *caminar* mucho para formar un juicio y obtener una percepción clara; así es que, llegado el caso, no hubiera aceptado el ma-

yor bien, la vida misma, sin meditarlo antes paseando á cortos pasos y abstraído.—Cuando Guiccione, en Monterrey, le significaba con ansiedad la urgencia de ponerse á salvo saliendo del Palacio de Gobierno, le contestó con sencillez y finura:

—Está bien, General, ¿gusta Vd. desayunarse?

Y él se sentó tranquilamente á la mesa, mientras las tropas de Quiroga llegaban ya á unas cuantas cuadras del edificio. Le abandonó en medio de una granizada de balas.

Hombres así tienen forzosamente que malograr muchas ocasiones favorables; que claudicar tienen, constantemente, cuando la determinación rápida hace falta; y, en momentos críticos, en que los acontecimientos se atropellan, se embroyan y parecen descender en cascadas, encuéntranse casi tan perplejos como un tartamudo para apostrofar á una muchedumbre. Esta deficiencia de carácter se le ha censurado con acritud, y no hay precisión alguna de defenderle violentando la lógica, para hacerle aparecer falseando su magnífico mecanismo cerebral. Tenía el defecto de los relojes: sus ideas continuaban funcionando lentamente, isócronas, á pesar de que en torno suyo devastara el incendio y se abrieran precipicios; pero en cambio, no se desordenaban nunca: el tric-trac de su cerebro continuaba imperturbable, como la máquina misma.

Convenimos, sin embargo, en que caracteres como el que nos ocupa no son amplexivos, é infaliblemente fracasan si pretenden multiplicar sus actividades en ejercicio, durante las grandes perturbaciones sociales. Si Juárez, durante la Reforma, hubiera pretendido ser á un tiempo mismo, legislador en Veracruz, guerrero en Calpulalpam, y á más hacendista y diplomático, hubiera fracasado miserablemente: la Reforma no se hubiera hecho. Sólo los espíritus superficiales sirven para todo. Pero las tormentas pasan y el empleo del *practico* se limita á necesidades aleatorias; y los hombres como Juárez, estólidos cuando los acontecimientos terribles se arremolinan en torno, que poseen la indiferencia soberbia de la roca ante los embravecimientos del mar, triunfan siempre, triunfan cuando las contra-activi-

dades, fruto del instante, perecen—y vencen á las tempestades, dejándolas pasar. Es un hecho innegable, que sus facultades naturales le disponían mejor al trabajo de reorganizar, que á *desorganizar*. Hombres así trabajan como las celdillas protoplásmicas: reparando continuamente los tejidos. Trabajo lento, penoso, de elaboración minúscula; pero merced al cual la vida se mantiene en el organismo. Por eso—si con tanta fuerza no nos sintiéramos inclinados á llamar "piadoso" al anhelo simpático, filial, caballeresco de muchos compatriotas nuestros, que de corazón hallar quisieran tan sólo perfecciones en la obra del gran patriota—llamaríamos á su intento, "necedad," "locura;" porque, bien lo sabemos todos, sólo los tiranos son perfectos; y eso, nada más mientras viven. Así fué que el Vencedor en las Galias, en España, en la Mauritania y Alejandría, era llamado por Catulo (que se sentaba á su mesa), el "más infame de todos los romanos" (*Epig. XXI*) y sólo mereció los honores de que el Senado y pueblo casi le divinizaran, cuando asumió con decisión "una arrogancia completamente contraria á los usos de la antigua dignidad romana," y cuando extasiado ante su propia grandeza, "obraba como rey, casi como tirano: *aliaque regia ac pæne tyrannica faceret*. Pero Juárez carecía por completo de esa clase de actividades psíquicas; decimos más, no las comprendía.

En los momentos mismos en que va á hacer alarde de rigorismo, denunciando una conspiración ante el pueblo, burilaba estas hermosas palabras, dignas de Marco Aurelio ó de su Maestro Antonino Pio: "á nadie he perseguido por sus opiniones políticas, ni una lágrima se ha derramado por mi causa" (palabras estas últimas, que recuerdan la famosa frase de Pericles); y luego (trascendiendo el humanista acicalado y frío), prosigue en lenguaje ciceroniano, copiando el pasaje *nihil agis, nihil molieris, nihil cogitas*. "El Gobierno del Estado conoce á todas las personas que trabajan por trastornar el orden público, sigue sus pasos, está en sus más secretas maquinaciones, y sin embargo, no ha querido dictar una providencia de aquellas que, sin justicia, tan frecuentes eran en el Gobierno que pasó."—¿Creeríais

que juega, por virtud de tanta tersura y estudiado bien decir?—Los caracteres como Juárez no juegan, no se divierten: debe creérseles, y se les cree siempre, al pie de la letra.

La obra de Juárez es imperfecta, bien está; pero nó por las razones que se han aducido hasta ahora, sino por ser profundamente humana y trascendental. Si en todas ocasiones el concienzudo indígena hubiese acertado, su obra carecería de realces, tendría la "*platitud*" exasperante de las llanuras, de lo estéril. Pero, descended al más profundo de sus errores, y desde allí contemplareis mucho más encumbradas las cimas de sus aciertos. Hasta en la faceta del diamante hallareis precipicios y hondonadas, observándola con una lente poderosa. Es inútil ahondar más este punto: la Historia no juzgará á Juárez por sus omisiones, ni tampoco por sus yerros; sino por la obra trascendental que ya iremos delineando.

Su elevación á la primer magistratura del Estado (1847) no pudo, á decir verdad, tildarse de festinada. Fué la consecuencia natural de operaciones previas, serias y concienzudas. Antes que hacerse Gobernador por la ley, lo era de hecho en la previsión de sus conciudadanos. Ya hemos visto la gradación por donde ascendió al supremo puesto que pudo brindarle el Estado. Sale de un triunvirato y tras de Gobernador substituto, lo es efectivo. Nada atropellado. Pasos firmes de quien sabe que su pisada ha de dejar huella. Así se escala y se escala en firme; por el propósito de subir, y nó por la ambición de encumbrarse.

Una vez en el Gobierno, procede como en una inmensa oficina, mejor dicho, como en un inmenso taller de que va á posesionarse. Lo inventaría todo: lo mide, pesa, desempolva y coloca en el sitio conveniente. Nada de apremio. La operación es mecánica, lo que hay que hacer, debe hacerse, y eso es todo. La fórmula de actividad es la de la Grande Industria: "*keep moving*," "continúese el movimiento;" esto es: "el trabajo serio no admite interrupciones, ni paréntesis, ni diminuciones caprichosas de intensidad." El industrial moderno no se apresura, las grandes obras son producto de dos factores: uno rapidísimo, la máquina, factor complejo (como en nuestro caso sería el Estado); el otro muy lento, el hombre, factor intelectual. Y aun en la apreciación del trabajo mecánico, lo que se valora es la constancia en el trabajo: *keep working*, "continuad trabajando," no importa que sea despacio. En las labores ferrocarrileras mecánicas, al trabajador que se apresura se le llama "bluff," "ventoso"—en el sentido de "taimado," ó ageno á las labores rudas—y se le da su retiro. Pues bien, nadie supo manejar un gobierno con la *nonchalance* del mecánico adiestrado, mejor que Juárez.

Es innegable que la administración era para él mucho más fácil que para cualquier otro, de iguales ó aun superiores aptitudes: contaba de antemano con el concurso, más ó menos espontáneo, de sus gobernados. Antes de que se hiciera cargo de la primer magistratura, ya éstos sabían á qué atenerse respecto del Jefe Supremo; y el yugo moral, inevitable, que les imponía, parecíales independiente de la voluntad de que dimanaba—y lo soportaban sin esfuerzo. Nadie podía divorciar la idea "honradez" de la de "Juárez Gobernante," y en su consecuencia, esperar que exigiera otra cosa, fuera de la observancia extricta de las obligaciones anexas á los diferentes cargos, se antojaba simplemente absurdo. Los que le rodeaban, ó que de alguna suerte cooperaban en sus trabajos, bien pronto sentíanse saturados de emanaciones de moralidad. Influencia física: así como la presencia de Luis XI causaba frío y la de Cromwell inquietud. Los "ojos verdes" de Robespierre tenían algo de la fascinación de la víbora. En cambio, en presencia de Enrique IV, todos se sentían bien, satisfechos, listos á "seguir su penacho;" y á la vez pequeños y suavemente postergados. Los efectos de su voluntad, que se iniciaba á medias palabras por vía de conjuro, eran abrumadores, irresistibles; su energía sorda é intensa era casi granítica, casi inercia.—Se presenta en el tablado político de casaca, correcto, un Baron du Potet; y sin énfasis de ninguna especie, lee algo así: "una volutad firme y constante de hacer el bien," etc. Cualquiera descubre en esas palabras el "CONSTANS ET PERPETUA VOLUNTAS" de la INSTI-

TUTA: Habla nada más el abogado; mejor dicho, Heinecio. Esas palabras no tendrían significación alguna, pronunciadas por otro cualquiera; pero en boca de Juárez, se tornan en conjuro. Ha dicho: *de hacer el bien:* "voluntad perpetua y constante de hacer el bien"—palabras con que Justiniano define la "Justicia"..... y, con que se define "Juárez." Eso es Juárez—eso fué durante su carrera toda—una Voluntad constante y firme de hacer el bien de la Patria.

Leemos en las "*Nociones Comunes.—Comparacion de Maximas de los Estoicos,*" § 27, el siguiente diálogo:

LAMPRIAS. ¿Qué es, pues, el bien?

DIADUMENO. No es absolutamente nada más que la prudencia.

LAMPRIAS. Pero ¿qué es entonces la prudencia?

DIADUMENO. Nada más que la ciencia de las cosas buenas.

Prescindiendo del sentido especial con que Plutarco transcribe el diálogo anterior, "buscar el bien por la prudencia" hasta formular la abstración que hace ciencia de la consecución de lo que es bueno, útil, provechoso, *prudente*—apegándose aquí á la letra del diálogo y al sentido con que se presenta—esto es, como la apreciación de la bondad moral por el goce del bien físico; ó en otros términos: "moralizar difundiendo el bien," tal fué la fórmula del Gobierno de Juárez en Oajaca.

Como digimos, insinuaba su programa en sus "EXPOSICIONES," y sin muchos rodeos, hablaba de males presentes ó pasados, de prevenciones ó correcciones, como si á nadie debiera causarle extrañeza la inusitada naturalidad de sus rigores.—"Han sido destituídos de sus destinos, en seis meses, tres jueces de primera instancia, suspenso uno, confirmada en última instancia la suspensión de otro y declarado sin lugar á la formación de causa en las acusaciones de otros." Antes había dicho: "Luego que se observa abandono en los jueces ó se advierten excesos en el desempeño de sus funciones, se procede contra ellos y se les aplica pronta é irremisiblemente la pena que merecen."—¿Qué os parecen esas palabras? ¿Es posible, puede siquiera sospecharse que en alguna ocasión, en alguna parte de la República, fueron pronunciadas en serio, y que oidos mejicanos las escuchasen, y, lo que es más, *les parecieran naturales?* Es indudable que tienen el tufo á Biblioteca, olor de pergamino, de algo arcaico que no parece ni de nuestros tiempos ni mucho menos de nuestro país.—Prosigue el adusto JUSTICIA MAYOR: "Si hay la rectitud y energía suficientes para hacer efectiva la responsabilidad de los magistrados y jueces que falten al cumplimiento de sus deberes, indudablemente mejorará nuestra administración de justicia." Y ya se ha visto que no era energía, por cierto, lo que le faltaba para proceder contra los jueces prevaricadores.

Su amor á la ley escrita rayaba en fanatismo. Sus frases lo denuncian á cada paso, y aún más sus acciones. —Desterrado en Ardea por la ingratitud de sus compatriotas, Camilo contempla con inquietud que los bárbaros se hallan á punto de apoderarse del Capitolio. En trance tal, se demanda su auxilio; se le ofrece la dictadura, y la acepta. Pero, ni á la salvación de la patria acudirá, antes de convencerse de que su nombramiento es legítimo, conforme en todo á los requisitos legales. (*Val. Max. De Moderatione, § II*). "La victoria que obtuvo sobre los veyenos fué magnífica, egregio su triunfo contra los galos; pero aún más admirable se nos muestra por aquella su lentitud escrupulosa."—No podría describirse con mayor énfasis el culto del abogado y gobernante oajaqueño, á la Ley y á la Justicia. Su fe en ésta llegaba á veces hasta la temeridad. Siendo Gobernador, en Abril de 1850, ocurre un pronunciamiento. Parte del batallón Guerrero se había alzado en armas contra..... *cualquier cosa;* según honorable costumbre de aquellos tiempos. El suceso llega inmediatamente á noticia de Juárez, que á la sazón se hallaba en el Palacio de Gobierno. Pero lejos de amurallarse allí, proveerse de gente y mosquetes y de llamar á somatén á los vecinos leales, coje su bastón y sombrero y sin armas de ninguna especie, se dirige al lugar del desorden. Mézclase entre los combatientes, y sin pestañear en medio de las balas, consigue bien pronto—por el prestigio único de su pre-

sencia—que el orden se restablezca por completo. ¿Quién, qué gobernante volverá á repetir ese acto entre nosotros? ¿No parece más bien una anécdota española del Siglo XIV? ¿Qué más pudiera haber hecho, en ocasión semejante, un adelantado de Fernando el Santo?

Uno de sus biógrafos nos relata un suceso aún más hermoso, que en resumen es como sigue: En cierta ocasión un procesado, que de la prisión pasaba á su casa, fué reconocido en la calle por dos corchetes, los cuales trataron de aprehenderle. De allí se originó una riña, á resultas de la cual el procesado fué herido por uno de los agentes de la autoridad. Acompañando al juez, apersonóse Juárez en el lugar del suceso; y en presencia suya se practicaron desde luego las primeras averiguaciones, las cuales bastaron para poner en claro la culpabilidad de los esbirros. ¿Se procedería á su aprehensión? En condiciones normales la vacilación holgaba; pero el procesado aquél nó era una persona ordinaria; lejos de ello, Juárez tenía allí, á su presencia, revolcándose en sangre, nada menos que á D. Salvador Marcucci, el mismo, que en 1855, le había acusado ante la Cámara de hallarse procesado criminalmente; en resumen, su mortal enemigo.... Pero, el juez no vaciló: ordenó con voz firme la aprehensión de los polizontes. Juárez quedó satisfecho: fué un soberbio tributo á su honradez acicalada y sin mancha; mejor dicho, casi una galantería. No era posible un acto de justicia clásica semejante, sin halagar á quien quemaba, devoto y reverente, incienso en sus altares.

Nada descuidó; ni las finanzas del Estado (como que liquidó su deuda), ni la Instrucción Pública, ni las mejoras materiales, ni las cuestiones importantes relativas á la integridad del territorio del Estado, ni el contingente de sangre para la defensa de la nación invadida, ni siquiera la instrucción militar de sus gobernados.—Todo el bien que pudo hacerles, se los prodigó con munificencia admirable. Cuanto Cimón, el célebre descendiente de Mitrídates, pudo haber hecho, merced á sus inagotables riquezas, en pró de los atenienses menesterosos, Juárez lo hizo para los

oajaqueños, repartiendoles á manos llenas los tesoros de sus virtudes. Cimón se hacía subseguir de domésticos llevando consigo bolsos repletos de dinero, "para no perder la ocasión de dar auxilio á los necesitados;" Juárez, acompañaba siempre á sus jueces, para no perder la ocasión de apagar la sed de justicia, á los que necesidad tenían de ella. Los graneros y los huertos de Cimón, eran para cuantos de ellos tenían necesidad; así las luces intelectuales del grande hombre: á nadie dejó de señalarle la tierra donde se cosechan abundantes los frutos del bien. Convidaba á su mesa el vencedor de los Tracios, á cuantos faltos de sustento se hallaba en la calle ó en el Agora; la mesa de Juárez hallábase siempre preparada, y en ella se repartía á todos por igual el pan de la justicia. Pero hubo un día en que Cimón arrojó su capa á un menesteroso, á quien la enfermedad y el frío mortificaban; sobre las espaldas de la Nación colocó Juárez una capa, un soberbio palio de púrpura que la calentaba y fortalecía en su convalecencia—¡maldición á aquél que con mano torpe osó arrebatársela, para dejarla desnuda y acostumbrarla á la deshonra!.....

Si el gobierno de Juárez en Oajaca reclamara un epígrafe, al ser grabado en bronces, habría que acudirse á uno de los más geniales filósofos de la edad moderna, Joseph Addisón, y tomarle estas palabras de profundo sentido moral: Para el espíritu honrado, los mayores atractivos de un puesto estriban en las oportunidades que ofrece para practicar el bien." ¡Verdad admirable de realización rarísima!

HEROE
Y
CAUDILLO

CAPITULO III

La Pesadilla de Mejico.—Contradicciones Politicas.—Falsas Apreciaciones.—Leyenda Heroica.—Santa Anna en la Imaginacion del Pueblo.—Su Influencia en Porfirio Diaz.—Herencia Espiritual.—Primer Escenario.—Oajaca.—Su Geografia y sus habitantes.—Santa Anna y el Plebiscito de 1855.—Actitud Noble del Dictador Futuro.—Sarcasmos de la Historia.

Durante el período que encierra el anterior capítulo, la República sufría la obsesión funesta de un hombre. Caracter vulgar y extraordinario al propio tiempo, la secuela de sus actos carecía de lógica; pero, lo mismo inesperado de ellos, causaba inquietud y mantenía el interés siempre despierto. Estudiado de cerca, á una luz fuerte, la inania de sus concepciones y éxitos políticos y militares, era fragrante. Pero apenas se distanciaba, desaparecía por un instante del escenario, y las inquietudes y recelos despertaban. Podía despreciársele á la vista; pero á la sombra se le buscaba. Todos le temían ó estimaban más en virtud de lo que nó había hecho—pero que no se antojaba fuera de su alcance—que por sus obras realizadas á la luz del día. Y razón sobraba para ello. No parecía, en verdad que la palabra "imposible" perteneciera á su vocabulario. Por el pronto la leyenda popular creíale capaz de todo, hasta de tornarse en

héroe fantástico de un cuento de Poe, Addisson, ó Hoffman. En el vivac, en la aldehuela remota orillada al desierto, en las chozas pajizas que recatan los bosques de los trópicos, de una extremidad á otra de la República, nó solamente se cantaba "*La Pata de Santa Anna*," sino que en forma de narraciones adulteradas, hablábase de sus singularidades como disciplinario, del amor y confianza que sabía infundir á sus soldados, de sus hazañas de guerrillero caracterizadas por golpes audaces, de sus milagrosas escapatorias, de sus victorias aparatosas, aunque minúsculas; y, como elemento escénico de ansiosa expectación, aludíase siempre á lo que haría en el momento menos pensado. Poco importaba dónde se encontrase.—¿En el destierro? De allí volvería á ocupar la Presidencia de la República. —¿Hallábase preso en tierra extranjera? Pues la libertad recobraría luégo para volver á ser Presidente—¿Derrotado? ¿Preso? ¿Procesado? Sobre sus jueces pasaría, y pronto ocuparía la primer magistratura de la Nación.—¿Estaba entonces en Manga de Clavo? ¿Qué tramaba allí? ¿Algún *plan santanesco* acaso? ¿Sabíase cuáles eran sus opiniones *ultimas?* ¿No se hallaba, por ventura, al habla con el enemigo?—Todo era posible. Y podía triunfar ó ser derrotado, llorar, nuevo Mario, en las cercanías de Perote; ó desde allí marchar al destierro, como héroe romano, amenazando á la patria con privarla de sus huesos. Todo era posible; pero en tanto que el proteico Caudillo existiese salamandra en el fuego, pez en el agua, ave errática cuando la nostalgia de recorrer países veníale aparejada con agotamientos nerviosos—no era dable olvidarle del todo. Ya lo digimos: su ausencia poblaba la atmósfera de recuerdos, de temores y hasta de traiciones. Los contendientes sabían que Santa Anna volvería al palenque, que alguien le traería y que ese alguien sería, á no dudarlo, el partido ó facción que triunfase.—No puede decirse de él menos bien que de Alcibiades; ni menos mal que de Alcibiades. Aunque, hasta medio siglo después, carecería de un Teopompo ó de un Timeo. Podía salva ral país, ó podía corromperle; todo dependía, probablemente, de su capricho; pero la

"flecha hospitalaria" de Farnabazo, no estaba en sus hados que ex-abrupto le detuviese, en mitad de su carrera estrafalaria—y trágica á un tiempo mismo.

Las grandes campañas de Santa Anna, fueron libradas pacíficamente en el Palacio de los Virreyes; sus molinos de viento fueron la Constitución de 1824 y las Leyes Orgánicas. En el campo de batalla más de una vez esquivó la victoria, por exceso de diplomacia ó por economía de sangre; pero si no triunfaba de hecho, como en Padierna, al menos sus caprichos salían batiendo palmas. La ninfa Egeria de su amor propio, burlábase de él con frecuencia; mas, por dicha suya, poseía la singular ventaja de los favoritos, que dejan de ver y sentir su deshonra sin más que cerrar los ojos. Con todo, victorioso ó derrotado, en Palacio ó en el destierro, al frente de sus tropas ó hundido en su hacienda, fugitivo ó en privanza, en la glorificación ó en la desgracia, con la frente en el polvo ó con los pies sobre la silla presidencial, Santa Anna era el personaje armilar de aquel período. Parecía que la república toda hallábase construída sobre sus espaldas, y que su oficio era conducirla por todos rumbos. Era un Atlante; pero un Atlante ebrio, vacilante, cojo, ridículo.

Su influencia, sin embargo, en la imaginación popular, era poderosa, y de una extremidad á otra de la República, triunfando de realidades y desencantos frecuentes, su nombre era pronunciado con extraordinario prestigio—irreflexivo si se quiere, pero no por ello menos real. Así se explica todo lo que la República perdonó á su Caudillo, antes de relegarlo definitivamente al desprecio.

Y ahora nos preguntamos ¿es posible que un hombre así, dejara de ejercer fascinación poderosa en la juventud dotada de instintos guerreros? ¿No es, por el contrario, un hecho constante en la historia, que los héroes y hombres conspicuos engendran, más que por la vía fisiológica, por la reflexión de su temperamento y aptitudes en espíritus preparados ó idóneos para recibirla? ¿Quién ignora que las "VIDAS PARALELAS" de Plutarco (aun por este medio menos directo), ejercieron influencia extraña entre los *Heroes*

de la Guillotina—Mme. Rolland ó Luis XVI—enseñándoles á morir; de la propia suerte que, más tarde, mostraban á Napoleón, con grandes ejemplos, el sangriento camino de las glorias militares.

Porfirio Díaz—joven soldado, despejado y ambicioso—debió haber bebido con ahinco en esas fuentes malsanas. Bien está que desde luego se filiase entre los enemigos del Dictador, obediente al medio circunscrito en que sus facultades de guerrero y político acababan de iniciarse. Pero eso nada prueba: ninguna herencia espiritual es más fácil de adquirir, que la de las personas que odiamos. Fuera de que estas absorciones se verifican de una manera insensible, la imitación es instintiva. Un solo hombre en un puesto elevado, basta, cuando de fenómenos morales se trata, para crearle determinada atmósfera á todo un imperio. Octavio, de escasa instrucción, pero de espíritu delicado, acicaló las costumbres romanas, y á su sombra floreció una literatura de nitidez escultórica; Tiberio, literato distinguido, orador elocuente, versado en la literatura sabia; pero de alma salvaje y cruel, produjo sólo dos aduladores: Valerio Máximo y Veleyo Patérculo. En cambio, hizo de Roma una tierra de cortesanas y bandidos—si bien heredó de los arrepentimientos y postrimerías de Augusto, el manto negro de una religión espirante, inhábil para paliar sus horrendos crímenes.

Mas, antes que estudiar á nuestro principal personaje en sus escaramuzas militares—conque brillantemente se inició en la carrera—digamos algo acerca del escenario de sus primeras hazañas.

La configuración física del Estado de Oajaca, hacíale propicio en extremo para el incubamiento de revoluciones. Situado en el macizo montañoso donde entroncan las dos grandes cordilleras, tuércense éstas en un cordón granítico, que apenas si va dejando valles, para dirigirse al Sur; ó bien se abren hacia el Norte tendiendo sus brazos á Noreste y Noroeste, quebrando y accidentando el terreno todo del Estado, sembrándolo de colinas, bosques espesos (merced á su naturaleza tropical), cañadas fertilísimas y cimas y

precipicios que denuncian la actividad volcánica del período post-terciario. Las montañas y riscos aislados de formación reciente, ora dominan planicies estériles, sedimentarias, ó bien encajan, en series de pilotes, en las cordilleras: Oajaca, decimos, fué á las revoluciones, lo que Sierra Morena al bandidaje clásico de la España del siglo XV. Contaba, además, con el inconveniente singular, de que á tiempo que ofrecía terreno tan apto para la maniobra y ocultaciones de las guerrillas—á diferencia de Chiapas y Tabasco—ocupaba uno de los "centros tormentosos" revolucionarios de la República. Diríase que en los brazos de sus cordilleras, iban á espirar los conflictos armados del país: lo mismo que se tratara de guerras extranjeras, que de luchas intestinas y crónicas.

Oajaca es una tierra espartana; con sus montañas, sus asperezas, sus esterilidades, sus planicies fecundas, sus hombres audaces, ambiciosos, inteligentes, enérgicos, y que cuenta á más, por excepción, con una atmósfera ateniense, en la que de una manera acre se mezclan las rudezas del vivac, con las intelectualidades del Gimnacio.—Allí, el SEMINARIO el INSTITUTO LITERARIO, justan; con otras energías, pero nó con menor estímulo que las famosas Universidades de Alcalá de Henares y Salamanca, en el Siglo XVI. Principios distintos, ideales diversos, opuestos rumbos; pero el mismo campo: el pensamiento. Mas aún: de la propia manera que la pequeña Esparta influye en los destinos de toda la Grecia, y ora la llaman en socorro del héroe de Maratón, ó bien dispone de la vida del gran Ateniense proteico y *santanesco*—en su castillo de Grunio, en la Frigia—Oajaca ha tenido en sus manos, casi sin interrupción durante medio siglo, los destinos de Méjico; tanto por mediación de sus militares como por la de sus estadistas. Singularmente favorecido por la fortuna, no ha podido contentarse con la gloria de haber sido cuna y patria de Juárez. Y por ello es también cierto, que no le fué dable eximirse de la ley fatal de las compensaciones; y claramente se ve en sus destinos, que si para vanagloriarse tuvo razón, al contar entre sus hijos al más ilustre—y, lo que es más, al mejor

de los mejicanos—gloria envidiable que nadie le disputa—no por ello le es permitido olvidar,

Que si hubo un Guzmán el Bueno,
También los hay de Alfarache.

Veamos ahora á Santa Anna en campaña.

Burlándose de la Nación, como sólo lo saben hacer los tiranos sin dignidad, vergonzantes, iba á proporcionar á Méjico el espectáculo de una farza memorable. El bellaco Dictador había experimentado espasmos de conciencia—á pesar de que á la Nación traíala con miramientos iguales, á los que con la cabeza degollada de Mme. de Lamballe gastaba el infame peluquero Charlet—y proclamó ante la faz de la República que no continuaría explotándola; á menos que ella manifestase por medio de un plebiscito *expontaneo*, su deseo inequívoco de seguir tirando de su carro. Ya se comprende lo que el tal plebiscito sería. Los gobernadores, y empleados subalternos de la Dictadura, tenían órdenes severísimas para la *unificacion* de los votos en pro del tirano indeciso, que en el virreinal Palacio temblaba temiendo llegase á sus oídos que su pueblo amadísimo—el voto de sus conciudadanos—le era adverso. Verdad es que el "círculo de sus amigos incondicionales" procuraba reanimarle, y lamiéndose felinamente los mostachos, hasta le felicitaban de antemano por el triunfo. Cosa que el Caudillo no quería oir. Nó; prefería no tener que lamentar un desengaño. El pueblo es con frecuencia ingrato ¡lo fué hasta con Sócrates y Cristo! y temía sus veleidades. Tal vez la expresión franca, llana, libre, de su opinión, no le sería favorable. Y el buen Caudillo hallábase ya con el pie de palo en la escalera, dispuesto á bajar, ¡si así la solemne voz del Pueblo se lo mandaba! ¡Tanta mansedumbre era edificatriz y conmovedora!

Desgraciadamente para él (pues que la parte teatral de su gran farsa se perdía), el Pueblo no tuvo fe en tanta grandeza; y sólo á fuerza de atropellos, de golpes, de conminaciones terribles, iba llegando á las urnas, alicaido y zahareño, para depositar su "voto de confianza" en el des-

almado violador de la República. ¡Qué aire de familia tienen todos los tiranos!.....

Pero Porfirio Díaz era aún joven; y se había educado en Oajaca, bajo la mirada ennoblecedora de Juárez.

Y á su vista iba desplegándose la sangrienta comedia, en que se escarnecía sin piedad el más alentador privilegio de las democracias. Apercibidas las milicias, en pie de guerra los cuarteles, armados hasta los dientes los esbirros municipales, flotando la consigna en una atmósfera de amenaza, aquel día memorable—1o. de Diciembre de 1854—los vasallos de la Dictadura empezaron á llenar las listas.

Díaz era joven, digimos, y educado en Oajaca, bajo la mirada ennoblecedora de Juárez!—Sintió que la indignación subíale al rostro; y resintiendo el escozor de la bofetada ante la violación de la santidad del sufragio, hervor de vergüenza quemóle el rostro, y con dignidad no fingida, adelantóse resuelto á la desierta mesa en que deberían registrarse los votos por la negativa; y en la blanca hoja, estampó su nombre exclamando: ¡Hasta cuando durará esta tiranía insoportable! Sí, sí; Diaz era muy joven, muy joven todavía. Aún no podía comprender á Santa Anna, ni admirar sus delicados procedimientos, merced á los cuales aparecía popular ¡el amado y preferido del pueblo! ante las naciones atónitas que le llamaban "el Napoleón de la América." (*)

VIDE: "*Review of Reviews, London 1855.*